

## *Una aciaga jornada de mayo*

**Franz Mehring**

28 de abril de 1902

(“Ein dunkler Maitag”, *Die Neue Zeit*, año XX, volumen 2, 1901-1902; firmado el 28 de abril de 1902)

En la lucha emancipadora del proletariado moderno, no hay quizá ningún fenómeno que genere opiniones tan divergentes como la fiesta internacional del 1º de mayo. Unos la consideran un arma poderosa; para otros, mucho más modestos, ese día no es más que un día recreativo y estimulante, una gran fiesta de familia, o incluso una charla amigable de la clase obrera en torno de una taza de té.

Sería una trivialidad burguesa afirmar que la verdad está entre las dos concepciones. El 1º de mayo puede ser uno u otro de esos extremos, o incluso lo intermedio, según el lugar, el tiempo y las circunstancias de las que depende igual que cualquier otra manifestación política. Se sabe que puede tener y que tiene para la clase obrera de determinados países una importancia mucho mayor que para la clase obrera de otro país, pero su carácter y su aspecto cambian con los tiempos para el mismo proletariado de una misma nación. Goethe dijo que el entusiasmo no es un arenque que se pueda ahumar y conservar por largos años. Nada más natural e inevitable que cada 1º de mayo no despierte siempre el mismo entusiasmo, que la fiesta del trabajo sea celebrada a veces ruidosamente y otras en calma.

Según otra frase de Goethe, nada es tan difícil de soportar como una serie de buenas jornadas, y quizás el período relativamente largo del progreso industrial contribuyó a que el 1º de mayo sea considerado, aparentemente con cierta razón, como una agradable fiesta de familia. Pero este año el progreso se hundió en la sombra y los obreros alemanes se sienten llevados más que nunca a comprender su importancia histórica. Están agobiados por una ruinoso crisis del mercado mundial, y si, por lo general, semejantes tormentas desencadenan la fuerza revolucionaria del movimiento obrero internacional, este efecto no se hizo esperar. Sin embargo, la primera erupción de esta fuerza revolucionaria terminó con una dolorosa derrota del proletariado. Decimos dolorosa porque el mismo proletariado es responsable de ello y porque esta derrota proyectará sus oscuras sombras sobre el 1º de mayo, dondequiera que los obreros de hoy se reúnan para celebrarlo.

Hace ocho días expresamos aquí el temor de que el juego aparentemente inofensivo de los intermediarios liberales resultara más peligroso para los obreros belgas que los métodos de violencia de la reacción clerical. Dijimos también que se podía esperar que los primeros sean barridos por la lucha una vez que se entable, pero solamente se vio realizada nuestra aprensión, y no nuestra esperanza. Nuestros camaradas belgas, o más bien sus jefes, se dejaron engañar por los discursos empalagosos de los hipócritas liberales: en el intervalo de cien horas, ofrecieron el espectáculo poco edificante de ordenar primero la huelga general y luego hacerla terminar abruptamente. Todas las frases rimbombantes que proclaman que la lucha por el sufragio universal sólo está postergada y no abandonada, no cambian en nada un lamentable fracaso sin parangón en los anales del proletariado combatiente desde la acción de la Asociación internacional de los trabajadores, en los años 60 del siglo pasado.

Sin duda la clase obrera sufrió ya derrotas más graves y funestas; al respecto, estamos lejos de sobrestimar los acontecimientos de Bélgica. Indudablemente el territorio exiguo de este pequeño país no verá batallas decisivas en la lucha

emancipadora del proletariado. Que los camaradas belgas conquisten el sufragio universal hoy, o dentro de algunos años, o nunca, modifica poco el curso de las cosas. Pero las consecuencias de una derrota para la clase obrera son diferentes si la batalla ha sido rechazada honestamente y con sobrada razón, o suspendida prematuramente por estrechez de miras. En el primer caso se alienta a los combatientes vencidos y se los arma para las victorias futuras, en el segundo se enerva, se paraliza y desorganiza por mucho tiempo a todo el movimiento otero.

Desde este punto de vista, tampoco hay que subestimar los acontecimientos de Bélgica, y todavía menos abstenerse de criticarlos con el pretexto de que no corresponde inmiscuirse en los asuntos de un partido hermano. Los dirigentes obreros belgas pidieron a todos los líderes obreros europeos que los apoyaran (cosa que naturalmente era su deber y su derecho) para conducir a buen término esta lucha. Además, su táctica errónea (y esto es lo que puede invocarse en su descarga) lejos de ser un mal específicamente belga, es un mal europeo. La tendencia a romper con la vieja y probada táctica revolucionaria del proletariado consciente que se inspira únicamente en intereses de emancipación de la clase obrera y que no olvida ni por un instante que no tiene en el mundo más que enemigos declarados y falsos amigos, esta tendencia a pactar con todos, a confiar en la honestidad y la buena voluntad de los liberales, a intercambiar dulces miradas a discreta distancia, hasta apretones de manos con príncipes auténticos, interfiere en la acción de casi todos los partidos europeos. Y fue en Bruselas, donde lógica y meritoriamente, se cabría de ridículo ante los ojos de Europa.

Del mismo modo es totalmente lógico y meritorio que hoy los órganos de ese mismo liberalismo en cuyo favor los líderes obreros belgas dejaron fracasar la campaña por el sufragio universal, hagan el mayor ruido posible alrededor de la “enorme derrota” sufrida por la socialdemocracia belga. Nosotros no vemos ninguna ventaja en negar esta derrota con artificios oratorios que demuestran simplemente que una vez que se ha comenzado a deletrear el alfabeto liberal, es preciso hacerlo de la A hasta la Z.

A un corresponsal de algunos diarios del partido, que califica a los jefes obreros belgas como “hombres admirables”, en un estilo que nuestra prensa partidaria acostumbraba a considerar hasta ahora como una particularidad poco envidiable del *Berliner Tageblatt* y del *Lokal Anzeiger*, se le encargó entonces que diera a conocer las razones de su táctica, “después de profundizadas entrevistas”. Estos son sus argumentos; hubiera sido muy fácil desencadenar una “guerra civil” (tal es la expresión “oficial” por revolución) y echar al rey de Bélgica. Pero entonces se habría conseguido más que el sufragio universal, y ese “más” habría sido nocivo, ya que “si se desencadena la guerra civil, ésta no puede tender sino a la instauración de la república social. Pero los camaradas belgas clarividentes y dotados de un acentuado sentido de las responsabilidades estimaban que el proletariado belga aún no estaba maduro”. Además, en el caso de que el rey fuera echado, sería probable, si no segura, una intervención militar extranjera, y las bayonetas prusianas y francesas derribarían al proletariado belga. Para conquistar el sufragio universal, el proletariado debe renunciar entonces a la huelga general que con demasiada facilidad podría desencadenar la “guerra civil” con todas sus consecuencias perniciosas.

Este galimatías se encuentra en el *Vorwärts* del 23 de abril de 1902, pero nos parece importante subrayar que la redacción de nuestro órgano central hace expresas reservas. Desde el punto de vista de la historia de la civilización, no obstante, presenta cierto interés como manifestación proletaria del año 1902, ya que en él se encuentran todos los puntos de vista “oficiales” de los ministros liberales del año 1848: las bellas palabras de una revolución que se detiene con deferencia en los peldaños del trono, de la república social rápidamente instituida y realizada en cuanto una miserable nulidad de

monarca es expulsada del país, de hombres de estado “clarividentes” animados del “sentimiento de su responsabilidad” que estiman que el pueblo “todavía no está maduro” para gozar de la libertad y, finalmente, del buitre extranjero que amenaza desgarrar al pollito domesticado de la libertad si se arriesga a piar. En este magnífico artículo, el rey Leopoldo se agiganta hasta convertirse en una especie de mamut antediluviano: encarna la sociedad burguesa que desaparece con él sin dejar huellas, es un representante de la profesión de monarca tan precioso que hasta para restaurarlo la república francesa no retrocedería ante la guerra mundial que acompañaría la ocupación militar de la Bélgica neutral.

*Le Peuple*, órgano del partido en Bruselas, presenta los mismos argumentos que algunos diarios del partido alemán. El sábado pasado se pronunciaba todavía con una extremada energía a favor de la huelga general, y dos días después, el lunes, esgrimía con la misma energía la bandera de la retirada. *Le Peuple* otorga también su favor al rey Leopoldo: “El rey no se proclamará solidario hasta el final de esta política de aplastamiento.” Lo que es propio de una política tan penetrante es que todas las cosas deben serle provechosas. En sus demostraciones, *Le Peuple* y el corresponsal parten de puntos de vista diametralmente opuestos. Mientras éste declara que era preciso batirse en retirada, porque de lo contrario la realeza habría podido ser derribada por simple excedente de fuerzas y por así decirlo accidentalmente, *Le Peuple* justifica la retirada de la siguiente manera:

“Los obreros comprenderán que nuestro deber sagrado e imperioso era no exigir de ellos sacrificios inútiles no bien el gobierno demostró que estaba resuelto a no otorgar nada y a no dejarse disuadir ni por la miseria del pueblo, ni por los sacrificios sangrientos.” Uno se bate en retirada para no derribar al gobierno por error, y el otro se bate en retirada porque el gobierno permanece inquebrantable. Pero, ¿para qué buscar razones cuando de todas maneras lo que se dice es que hay que batirse en retirada?

El único consuelo en este doloroso asunto fue la actitud del proletariado belga, que, lleno de energía revolucionaria y dispuesto a cualquier esfuerzo y cualquier sacrificio, sólo perdió la partida por la táctica errónea de sus jefes. Indudablemente no se le podría atribuir a esos jefes mala intención, pero en política la noble intención no excusa el fracaso, y cuando una táctica errónea (como la que condujo en Bélgica a una derrota tan dolorosa y tan penosa) ha sido practicada por motivos puros, es preciso combatirla tanto más despiadadamente. Deben ser juzgados por los frutos de su conducta, y la campaña belga por el sufragio universal demostró suficientemente los frutos del “oportunismo” y el “revisiónismo”, dicho de otra manera, de ese famoso método al que se da tantos nombres y que cree poder ir más rápido unciendo los caballos detrás del carro.

El 1º de mayo de este año resulta, pues, bastante ensombrecido, pero esta no es una razón para hacernos desdichados. Al contrario, el peligro de una dispersión irreflexiva estará más a cubierto, será una demostración tanto más eficaz, no solamente por la jornada de ocho horas y contra el militarismo, sino también por la vieja y probada táctica revolucionaria, que no flirtea con nadie y cuyo único punto de mira es el interés del proletariado. La vieja y probada táctica ayudó al partido en los caminos más accidentados, en oposición a las praderas aparentemente florecientes de los compromisos que disimulan siempre pantanos sin fondo.

28 de abril de 1902



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)